



El libro de la
Catedral
de
Oviedo

ESCRITO EN LA PIEDRA



Alfonso Jiménez

11

Cuando las catedrales estaban llenas

Juan Ignacio Ruiz de la Peña Solar

15

Protagonismo histórico de la catedral de Oviedo en la Edad Media

Isabel Ruiz de la Peña González

33

La etapa prerrománica de la catedral de Oviedo

Raquel Alonso Álvarez

47

Etapas románica y gótica de la catedral de Oviedo

María Pilar García Cuetos

83

La catedral de Oviedo en el siglo XVI

125

Notas y bibliografía

Cuando las catedrales estaban llenas



La cultura del siglo XX, que tanto debe al cine y que tanto depende ya de su hija, la *caja tonta*, nos muestra nuestro pasado, o un pasado genérico paneuropeo, con tanta fuerza y convicción que trabajo tienen ya los beneméritos profesores de instituto para convencer a los futuros universitarios de cómo pudo haber sido realmente, o a qué pudo parecerse, la Edad Media, ya que la industria del cine se ha cebado con especial fervor en ella. La cosa no tendría mayor importancia si no afectase indirectamente a la manera en que nuestra sociedad se enfrenta con los escasos edificios de la época que están en pie y que perseveran en el mismo uso, que son casi exclusivamente las catedrales, a una de las cuales, la primera iglesia ovetense, está consagrado este libro.

Constituyen una creciente eternidad las horas de celuloide y vídeo que nos muestran a enfervorizadas multitudes de extras, medievales, sucios, tullidos y vestidos de harapos que, con miradas de fe dirigidas a lo alto, abarrotan los templos en los que las formas, sin importar las cronologías ni las mezclas, se unifican tras unos rayos de luz místicos. Son muchas las series de televisión y tiras de tebeos que ofrecen en sesión continua imágenes de orondos frailes, de mirada tan codiciosa como estulta, en hábito de mendicantes, según la tradición decimonónica, dedicados a exigir limosnas en ese peaje al purgatorio que representan las puertas de los templos, paso obligado de los peregrinos analfabetos, ya exhaustos tras las anuales visitas de los mismos clérigos a sus míseros campos, exigiendo los «malos usos», o sus equivalentes en el celuloide, las pernadas, los diezmos y otras formas primitivas de la declaración de la renta. Entonces, en la Edad Media que inventó Hollywood, sí que estaban las catedrales llenas.

Ahora, cuando sólo se pueblan en unas horas de los domingos y en algunas de las fiestas principales, el teórico heredero de aquel siervo, el mediatizado ciudadano de a pie, que paga sus impuestos, ya no entra en la catedral temeroso, sino todo lo contrario, levanta la cabeza con orgullo y crítica a los canónigos, pues sabe que él, gracias a una difusa primogenitura colectiva que declaran constituciones y estatutos, y a unas acciones que suscribe al marcar con una cruz ciertos papeles que rellena de mala gana en el mes de junio, es copropietario de la catedral, y por eso le revienta tener que pagar una entrada para contemplar otras zonas del edificio o para acceder al tesoro, lugar periférico donde de mala manera se amontonan unos objetos de mérito, carentes ya de devoción o de uso: una verdadera maravilla, por usar la expresión andaluza.

El fraile depredador, mastodóntico o vampiresco, pues sólo de estos modelos los fabrica la industria de los sueños y las pesadillas, pero siempre rijoso, no aparece por parte

alguna, excepto en esos ñoños folletos que la consejería del ramo administra a los niños para perpetuar el mito cinematográfico cuando visitan la catedral; el canónigo actual es, en la mayoría de las catedrales españolas que aún tienen cabildo, un sacerdote de cierta edad, formado casi siempre en épocas de cruzadas, que por causa del irrecuperable descenso de vocaciones realiza simultáneamente tres o cuatro de las tareas que, hace dos siglos, mantenían a un pelotón de beneficiados y que hoy sólo sus miserables retribuciones le permiten llegar a fin de mes. La canonjía, dotada por la leyenda de un prestigio similar al de las cátedras y tan vacía ya de potestad como éstas, es una de sus ocupaciones, quizás la que menos tiempo le demanda.

En nuestro imaginario guión medieval, mientras los extras que hacen de siervos y de frailes siguen deambulando entre sarcófagos y lámparas y telarañas, sobre los guerreros enlatados, las damas de escotes abismales y los cortejos del imaginario colectivo, en las alturas de la catedral, en andamios inverosímiles, deambulan unos acrobáticos constructores, tan inteligentes como descreídos, poseedores de secretos que permiten desplegar bóvedas como si fueran paraguas automáticos y calculan raíces cúbicas con números romanos en menos que se santiguan los campesinos ante el expolio. No faltan en Asturias creaciones literarias recientes donde se ofrece la versión regional del mito del constructor medieval, cuya producción explica toda la historia del arte ramirense de una tacada, pues, sin anestesia ni dolores de parto, surge el Naranco tan completo como Minerva, armada y con casco, gracias a la conjunción del arquitecto errante, cínico y culto, y el joven escultor, que con el intermedio de un fructífero e idílico cautiverio étnico regionalista, practica en una onírica cantera las enseñanzas paternales.

Este libro que tengo el honor de prologar ofrece un panorama radicalmente distinto muy ajeno a la parafernalia al uso, pues los trabajos de don Juan Ignacio Ruiz de la Peña Solar, doña Isabel Ruiz de la Peña, doña Raquel Alonso Álvarez y doña Pilar García Cuetos nos muestran, por la única vía posible, la del mejor conocimiento científico, el único que sirve, un panorama serio y actual de la catedral de Oviedo, edificio al que los epígonos de los eruditos del siglo XIX reconocen sólo unos pocos méritos, pues siguen anclados en la fotocopia como única metodología de análisis. Los orígenes tangibles y documentados de su fábrica nos remiten a unos promotores, casi siempre clérigos, cuya mayor riqueza fue, seguramente, su capacidad de administrar con sabiduría y con rigor unos recursos institucionales, y también nos muestran a unos autores concretos, dotados de personalidad, pues la mayoría de las catedrales son «obras de autor», aunque aún permanezcan muchos de ellos en el anonimato

Creo que en estos momentos, en los que el debate sobre el uso y el futuro de las catedrales es más vivo y más virulento, este tipo de investigaciones, a las que se comienzan a asociar las intervenciones arqueológicas, representan la única opción posible para no quedarnos paralizados en medio de un debate trabajoso y estéril, pues mientras la mayoría de las catedrales de piedra están empantanadas en una situación ambigua, que seguidamente comentaré, las catedrales de papel, como ésta que el lector tiene entre sus manos, demuestran una cuantiosa actividad constructiva, con muchos universitarios haciendo el papel de canteros de la palabra y albañiles de la página impresa. Estos libros tienen, para empezar, mucha capacidad corrosiva para disolver mitos, y por lo tanto de ellos depende la clarificación del debate sobre la conservación de esas montañas artificiales, que son los primeros y mejores edificios de nuestras ciudades, tan vacíos hoy, dejados de la mano de los poderes divinos y también de los humanos.

Hay que recordar, para situar el cuadro actual en su paisaje, y no en un fotograma apócrifo, que el ángel de la muerte tocó a todas las catedrales españolas un día preciso y conocido, pues consta que el 2 de septiembre de 1841 se promulgó el llamado «Decreto Espartero» que acabó con el patrimonio rural y urbano de las curias y los cabildos, como la legislación de Mendizábal, un lustro antes, había liquidado el de las órdenes. Entonces la Iglesia española pasó de mecenas a mendicante, pero no por ello se mostró menos orgullosa frente a los poderes públicos; las diversas alternativas políticas que se han sucedido desde entonces no han modificado sustancialmente la economía de las catedrales, que dependen para su conservación de la aportación estatal, aunque sí ha cambiado la actitud de muchos capitulares ante los poderes públicos; el cambio, aún no muy perceptible pero que comienza a remover cosas, creo que se debe al paso de la administración estatal centralizada en Madrid a la centralizada en las autonomías, que, a efectos de las catedrales, es prácticamente local. Así se ha pasado de unos «arquitectos de zona», los Menéndez-Pidal, ilustre dúo fraternal que dominó de Oviedo a Tarifa, cosa que no consiguió ninguna otra pareja histórica, ni siquiera Tariq y Muza, a una situación muy distinta, pues aquéllos, que rara vez llegaron a ser funcionarios, dirigían amplios territorios desde Madrid, en tiempos en que no existían ni autovías, ni faxes ni fotocopias, mientras que ahora hallamos arquitectos provinciales, y otros muchos funcionarios especializados, viviendo en el entorno concreto de cada catedral. El cambio no puede ser más decisivo.

Las catedrales que, como esta de Oviedo, aún escuchan la salmodia coral todas las mañanas, se debaten en una tesitura difícil, pues deben elegir entre «el viejo régimen» y el de «autonomía dentro de la Autonomía», aunque debemos reconocer que existe una situación peor, como es la de aquellas catedrales que dejaron de serlo, pues sus ciudades no fueron elegidas en 1833 como capitales de provincias, y por ello perdieron ese rasgo esencial de mantener un cabildo real y efectivo. El primer modelo, el del «viejo régimen», es el que se usó en el siglo XIX, centuria que en España ha llegado hasta 1978, y que consiste en depender para las obras de recursos mendigados a la Administración, circunstancia que les resulta irritante a los cabildos, pero que en realidad es cómoda y barata y que, en apariencia, les exonera de responsabilidades. En el extremo opuesto está el segundo, el que he denominado de «autonomía dentro de la Autonomía», que consiste en vivir dentro del marco legal que cada comunidad autónoma ha legislado y en las mejores relaciones posibles con la Consejería de turno, pero buscando y administrando sus propios recursos, que, hoy por hoy, sólo pueden proceder del turismo. Hay posiciones capitulares intermedias, e insostenibles, como es el caso de aquellas catedrales que mendigan fondos para las obras, directamente o a través de unos patrocinios más o menos fenicios, mientras atesoran los que el turismo les proporciona, invirtiendo sólo unas cantidades simbólicas en la conservación de ciertas imágenes populares.

El paso de un sistema a otro, sin pararse en la solución intermedia, se consigue con la concienciación que representa la publicación de libros como el presente, que ponen en letra impresa y buenas fotografías los valores ciertos y demostrables que hasta ahora sólo intuíamos en la oscuridad física de las catedrales que aún permanecen en el «viejo régimen». El tránsito no es fácil, como demuestra el reflejo que la prensa ofrece cuando no tiene temas mejores que sacar en la edición cotidiana, en unas versiones que, por lo general, son de una falta de solvencia tal que sonrojarían a sus autores, si no estuviesen tan cínicamente ocupados en provocar para vender; y es que la Edad Media nos acecha desde muchos de los rincones de nuestra cultura.

*Alfonso Jiménez,
maestro mayor de la catedral de Sevilla*